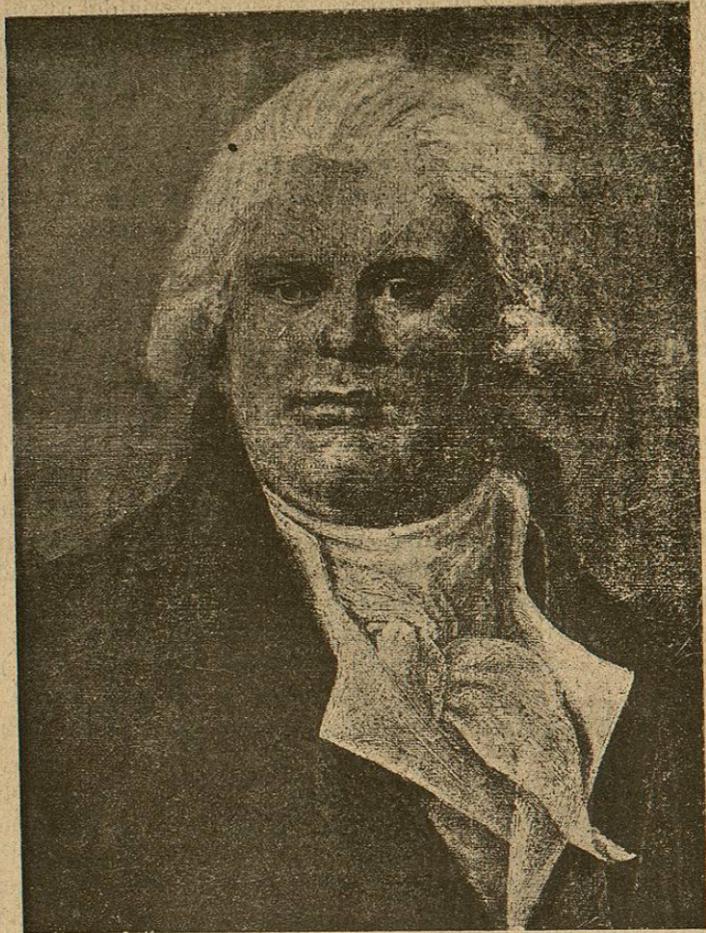


nunciar un discurso en los Jacobinos lanzó la palabra *republicanos*, y la mayoría de los presentes gritaron: «No, nosotros no somos republicanos». El presidente invitó al orador á no pronunciar otra vez tal palabra.



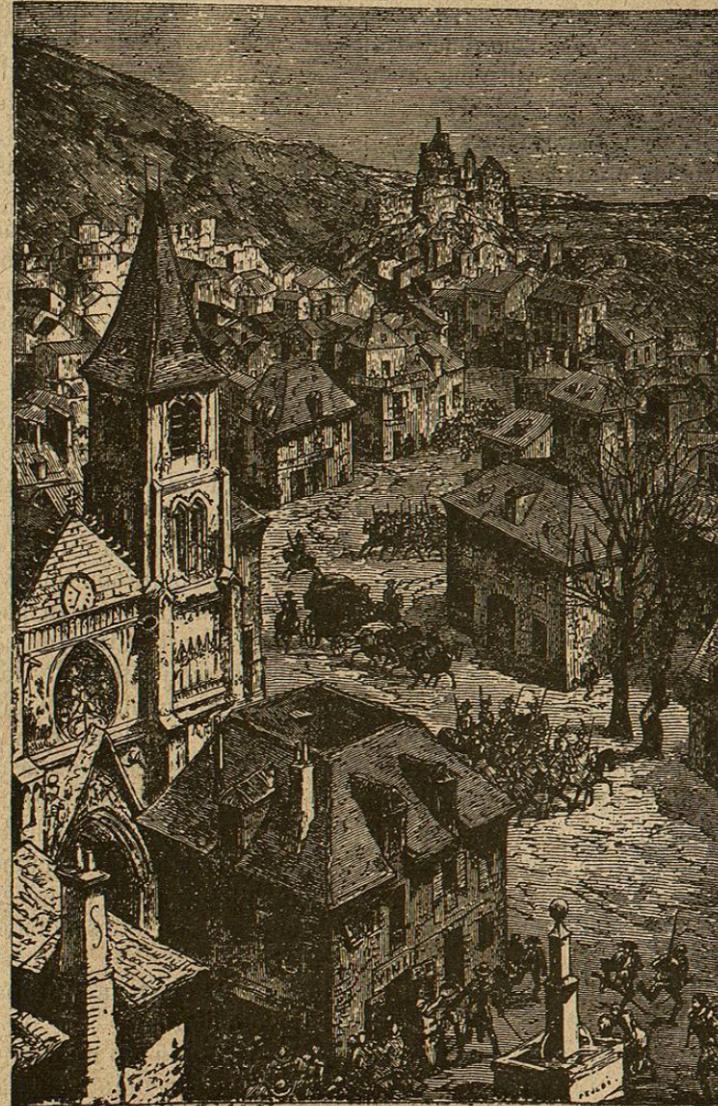
DANTON

(Reproducción del retrato pintado por David.)

De las tres fracciones que existían en los Jacobinos, eran los representantes tres hombres: Lameth, Laclos y Robespierre. Los dos primeros eran decididamente realistas, y el tercero no era contrario á la idea monárquica.

Por esto la guerra brutal de los Jacobinos contra los monárquicos, su menosprecio al orden y las leyes, este Terror, antes de hora, que no

tenía ni la excusa del fanatismo ni más objeto que el remediar una popularidad decadente, resultan un absurdo extremo. En el fondo no eran mas que realistas maltratando á otros realistas.



Detenidas en Moret por la muchedumbre, su escolta pudo forzar el obstáculo. (Pág 531.)

La inquisición jacobina se encontraba realmente en manos poco seguras: el diario de delaciones en las del orleanista Laclos; y su comité de intrigas y revueltas, bajo la dirección de la trinidad Lameth.

¿Una inquisición sin fe? ¿Una inquisición ejercida por hombres cada vez más inquietos y ásperos, conforme conocían que iban resultando sospechosos?

Este poder mal fundado, mal autorizado y mal ejercido, tenía, sin embargo, una acción inmensa, se agitaba en nombre de una sociedad considerada como el nervio del patriotismo y de la Revolución; contaba con todas las fuerzas múltiples de las sociedades de provincias, dóciles y fervientes y que ignoraban casi siempre el antro de intrigas de donde venían para ellas las órdenes.

La Revolución, que era antes una religión, era ahora un sistema de policía.

¿Y para qué servía esta policía? ¡Cambio inaudito! Era una máquina para hacer aristócratas; servía para multiplicar los amigos de la contrarrevolución. Proporcionaba á este movimiento reaccionario el apoyo de los débiles, de los neutros, de las buenas almas ignorantes y contemporizadoras.

Una muchedumbre de hombres inofensivos que sin profesar ideas determinadas tenían las costumbres del antiguo régimen, se encontraron por efecto de las declaraciones jacobinas en una situación imposible, vecina á la desesperación. ¿Qué podían hacer para salvarse? ¿Renegar de las opiniones que se les atribuían? Nadie les hubiera creído aun después de pasar por la vergüenza de la retractación. Quedarse era difícil; partir era igualmente difícil. Para el que se encontraba comprometido y mareado por esta especie de excomunión política, quedarse en su país era un suplicio. El pobre diablo á quien bautizaban con el título de aristócrata (á tuertas ó á derechas), vivía bajo un espionaje terrible: la muchedumbre y hasta los niños de la calle seguían al enemigo del pueblo. Si se encerraba en su casa carecía de seguridad, lo mismo que en la calle; los domésticos eran sus enemigos. El miedo se apoderaba de él; una mañana encontraba el medio de huir y huía al extranjero. Este hombre que hubiera sido un neutro, débil é indiferente si le hubieran dejado tranquilo, se lanzaba en plena guerra contra la Revolución, y si no era capaz de esgrimir la espada, esgrimía la lengua con éxito seguro, interesando con sus quejas, con sus acusaciones, con el espectáculo de su miseria y de la piedad que inspiraba.

La piedad, este enemigo terrible, levantaba en toda Europa una tempestad de odio contra la Francia y la Revolución.

Odio en el fondo injusto. La inspiración jacobina no estaba en las masas del pueblo. Los que la organizaban eran los jacobinos bastardos, salidos del antiguo régimen, nobles ó burgueses, políticos sin principios de un maquiavelismo inconsecuente y aturdido. Eran los que explotaban el pueblo, cosa muy poco difícil en ese estado de irritabilidad desconfiada y crédula á la vez, que es producto de las grandes miserias.

Esta situación estalló con gran violencia á fines de Febrero, cuando Mesdames, las tías del rey, quisieron emigrar.

La dificultad de seguir sus cultos en París, de guardar á su lado los sacerdotes de su devoción y la proximidad de las fiestas de Pascuas, turbaban el alma de estas viejas devotas. El mismo rey, viendo su estado de ánimo, las animó para que hiciesen un viaje á Roma. Ninguna ley se oponía á ello. El rey, primer magistrado de la nación, debía estar siempre en ella ó abdicar, pero sus tías no tenían esta obligación. Además, era absurdo creer que este grupo de viejas devotas pudiera dar ninguna fuerza á las tropas de los emigrados.

Es indudable que hubieran mostrado más nobleza aquellas viejas fanáticas quedándose para participar de la suerte de su sobrino y de las miserias y los peligros de la Francia. Pero en fin, ellas querían partir, y lo lógico era dejar que se fueran, lo mismo ellas que todos los que preocupados por peligros imaginarios ó reales, amaban mejor su seguridad y su vida que la patria y no dudaban en abandonar su cualidad de franceses. Era necesario abrir las puertas á los que querían huir, y si aún no eran bastante anchas, echar abajo las murallas.

El pueblo estaba muy justamente alarmado pensando en una fuga posible del rey y mezclaba estas dos cuestiones, absolutamente diferentes.

Mirabeau, al tener conocimiento del próximo viaje de Mesdames, adivinó el ruido que iba á producirse y el peligro que podía resultar. Inútilmente rogó al rey varias veces que no permitiera el viaje. París se alarmó é igualmente dirigió un ruego al rey y á la Asamblea nacional. Nueva alarma por Monsieur, el hermano mayor del rey, que decían quería partir y que acabó dando palabra de no abandonar á su hermano, no faltando con esto á sus propósitos, pues seguía acariciando la idea de la huida, pero en compañía de Luis XVI.

Esta efervescencia, lejos de detener á Mesdames, aceleró su partida. La explosión que todos habían previsto no tardó en verificarse. Marat, Desmoulins, toda la prensa, gritó que las viejas princesas se llevaban consigo muchos millones, que habían arrebatado al Delfín y que precedían en el viaje al rey para prepararle hospedaje en el extranjero.

No era difícil adivinar que les sería imposible atravesar Francia. Detenidas en Moret por la muchedumbre, su escolta pudo forzar el obstáculo, pero en Arnay-le-Duc les fué imposible seguir adelante.

Escribieron al rey y éste envió una carta á la Asamblea para que autorizase á sus tías á continuar el viaje.

Este asunto, grave por sí mismo, lo fué todavía más al convertirse en un solemne campo de batalla, donde se encontraron y se combatieron dos principios y dos espíritus: el uno el principio original y natural que había hecho la Revolución, la *Justicia*, la *Equidad humana*; el otro el principio de interés que se llamó de *Salud pública* y que perdió á la Francia.

La perdió porque arrojándola en un crescendo de violencias hizo á la Francia execrable en toda Europa, creándola odios inmortales.

La perdió porque las almas quebrantadas, después del Terror, por el asco y los remordimientos, se arrojaron ciegas en brazos de la tiranía militar.

La perdió porque esta tiranía, con toda su aureola gloriosa, tuvo por resultado meter al enemigo en París y á su jefe en Santa Elena.

Diez años de Salud pública, por la mano de los republicanos, dieron por resultado quince años de Salud pública por la espada del emperador.

Los doctores del *interés* público, de la *Salud* del pueblo, debían haber preguntado al menos al pueblo si quería ser salvado. Es verdad que el individuo, ante todo, quiere vivir con instintivo egoísmo; pero la masa es susceptible de sentimientos mucho más altos. Es posible que ante esos pretendidos salvadores hubiera contestado el pueblo: «Antes quiero perecer que dejar de ser justo.»

Y el pueblo que esto dice es el que no perece nunca.

En la presente ocasión Mirabeau fué el órgano del pueblo, la voz de la Revolución. En medio de todas sus faltas, esto será para él un título imperecedero. En esta ocasión defendió la equidad.

Robespierre se abstuvo.

Fueron los jacobinos bastardos Barnave, Duport y Lameth, los que opusieron contra la justicia el derecho del *interés* y de la *Salud*, la arma matadora, la espada sin empuñadura que había de herirlos á ellos mismos.

¿Por qué hicieron esto? Aunque tenían empeño en aparecer sinceros, hay que hacer notar cuál era el interés que les movía. Era el momento en que los Lameth se veían al descubierto por una falta muy grave. Mientras que los dos hermanos mayores, Alejandro y Carlos de Lameth, figuraban en París en lo más extremo del lado izquierdo de la Asamblea, en la avanzada de la vanguardia, su hermano Teodoro organizaba en Lons-le-Saunier una sociedad reaccionaria. Valiéndose de la recomendación de sus hermanos, se había afiliado á los Jacobinos y había hecho que se desautorizara á la primitiva sociedad jacobina de dicha población, que era enérgicamente patriota. Esta sociedad insertó en el periódico de Brissot una carta terrible para los Lameth. Brissot, enterado del asunto, sostuvo todo lo que se decía en la carta, y á pesar de todos los esfuerzos de los Lameth, los Jacobinos, salidos de su engaño, quitaron la autorización á la sociedad reaccionaria y la devolvieron á la primitiva.

Golpe terrible para los Lameth, que podía acabar con su popularidad y que explica por qué se mostraron violentos, duros, petulantes é impacientes en la discusión relativa al derecho á emigrar. Tenían necesidad delante de las tribunas de hacer un alarde de celo. Se agitaban en sus bancos, gritaban, manoteaban. Sostuvieron con Barnave que la municipalidad que había detenido á Mesdames, no era culpable de ilegalidad, *pues había creído servir al interés público*. Mirabeau preguntó

qué ley se oponía al viaje; los Lameth no contestaron nada; y uno de sus amigos, más franco, contestó: «La salud del pueblo.»

La Asamblea acordó permitir á Mesdames que continuaran su viaje y encargó á su comité de Constitución que presentara un proyecto de ley sobre la emigración.

Este proyecto, redactado por Merten, el futuro autor de *La ley de sospechosos*, resultaba como un primer artículo del futuro Código del Terror. Estaba copiado del otro Terror, de *La Revolución del edicto de Nantes*.

La legislación bárbara de Luis XIV, modelo de monstruosidad, comienza por herir al emigrado con la confiscación; después de pena en pena, cada vez más dura y más absurda, llega á imponer el castigo de galeras á la piedad, á la humanidad, al hombre caritativo que salve al proscripto.

Se trataba de saber si la Revolución iba á seguir las mismas vías que Luis XIV; si la Francia libre iba á encerrarse en un calabozo.

Una discusión que interesaba tan profundamente la libertad, exigía una cosa: que la Asamblea estuviera en libertad y en calma. Y justamente desde la mañana todo anunciaba una revuelta.

Dos clases de personas trabajaban y se agitaban, los maratistas y los aristócratas. Marat, en su periódico de aquel día, aconsejaba al pueblo que corriera á la Asamblea para manifestar violentamente su opinión y *cazar los diputados infieles*. Por otra parte, los realistas trabajaban hábilmente la muchedumbre del arrabal de San Antonio, dirigiéndola fuera de París hacia el castillo de Vincennes, donde le hacían creer que se organizaba una nueva Bastilla.

Era este un medio infalible para hacer salir de París á Lafayette y á la guardia nacional para cortar el paso á la gente que se dirigía á Vincennes.

Mientras tanto, muchos hidalgos de provincias que habían sido llamados á París hacía algunos días, entraban uno á uno furtivamente en las Tullerías armados de puñales, espadas y pistolas. A juzgar por todos los detalles, su propósito era llevarse á la familia real.

La Guardia nacional, al volver de Vincennes por la noche, de mal humor por la inútil jornada, los encontró en las Tullerías y los desarmó, tratándolos á culatazos é hiriendo á varios.

Por la mañana, en medio de estos movimientos, de los cuales nadie se explicaba la finalidad ni los autores, la Asamblea deliberaba. Los diputados oyeron batir generala por todo París; el redoble más ó menos lejano de los tambores en la inmediata calle de Saint Honoré, el ruido del pueblo en las tribunas, que se apiñaba asfixiándose y se contenía apenas y el más imponente aún de la muchedumbre alborotada, que se agolpaba á la puerta. Agitación, emoción, fiebre universal, inmenso murmullo dentro y fuera de la Asamblea.

Indudablemente iba á verificarse un gran duelo entre dos partidos,